

"La suerte de las banderillas" podría titularse este extraordinario grupo escultórico, formado por un simple pedazo de hueso y un trozo de piedra pomez, original composición del artista Macedonio de la Torre.

## EL ARTE EN LA NATURALEZA



LILMINO la Muestra de Pintura de Artistas Nortefijos como Homenaje a la Semana de Trujillo, con la presentación — en sala aparte — de la obra escultórica de Macedonio de la Torre: "Reencuentro de lo humano en la forma perdurable".

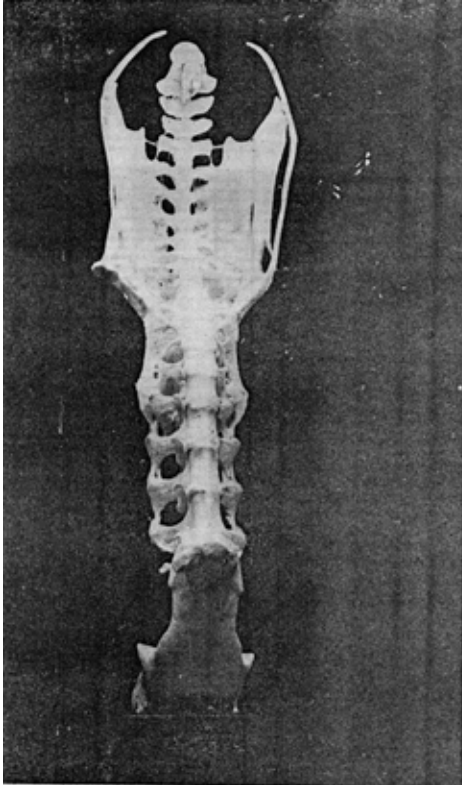
Sabíamos que Macedonio trabajaba ya en los terrenos de la abstracción, mejor dicho, que se alejaba ya de lo figurativo en busca de una aventura mucho más substancial y más a tono con su inquieto pero sensible temperamento de artista.

Macedonio, representa, entre nosotros, y no es forzar el paralelo, el ejemplo de una pintura joven, de un pintor siempre dispuesto a rejuvenecer, a encontrarse con su tiempo, por que tiene un alfeto agudísimo para captarlo, sin tener que adaptarse a los cánones de una moda rigurosa y estifante.

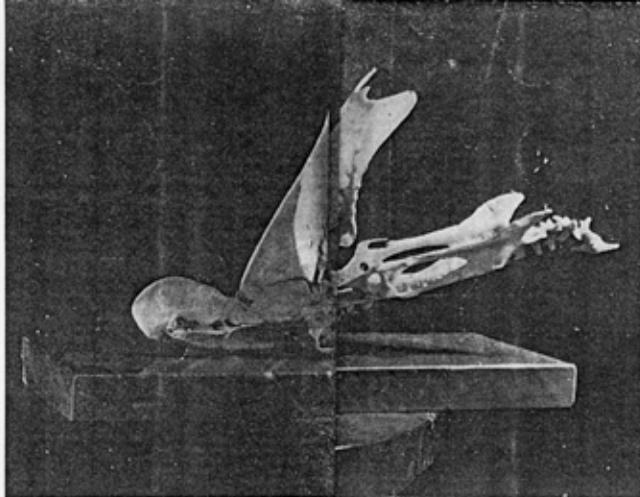
Macedonio es un artista profundamente personal. Acierte o no en sus concepciones plásticas, lleve éstas al término de su evolución o las abandone de súbito para emprender nuevos caminos, su personalidad de artista está siempre definida de una manera cabal. La agilidad de su espíritu no le deja tiempo de madurar, es cierto; pero esa misma agilidad le permite entrar de lleno en materia, sin titubeos, sin buscas ociosas ni fallidas, sin largos aprendizajes estériles. Este es su carácter, su impronta. Y así es también el estilo, personalísimo, de su plástica, ligera de materia, suave y limpiamente entonada, libre de elementos innecesarios; a

vezes demasiado esquemáticas, decorativa, aérea. Las peculiaridades positivas y negativas de su plástica se confunden para dar expresión a un estilo que, guste o no pictóricamente, expresa como quiera que sea la definida y fuerte personalidad de un artista sensible, puro, conocedor de su oficio, ágil y renovadamente joven.

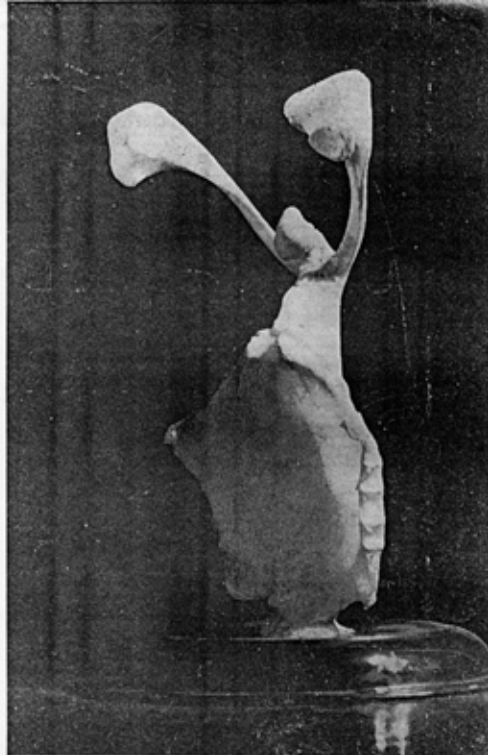
Decíamos que la versatilidad de un lado, y el rápido hallazgo, la facilidad de concepción del otro, caracterizan el arte de Macedonio. Acaba de demostrarlo, de una vez por todas, en este su primer alarde escultórico, de una calidad y de una nobleza insospechada en nuestro medio, tan pobre él de vuelos aullinos. Al irse alejando pictóricamente de lo figurativo, en busca de formas cada vez más puras, desnudas y esquemáticas, Macedonio se da con la sorpresa de que en la naturaleza, y al margen de toda interpretación de la naturaleza por el hombre, es posible recoger abundantemente esas formas puras. Se echa de ver aquí el rechazo de lo especulativo por parte de Macedonio, lo que confirma la índole de su estilo personal. Macedonio no busca, no indaga, no inventa esos arquetipos de seres al rededor de los cuales ya obra su intuición, su imaginación estética. De pronto, se ve rodeado por todas partes de ellos: piedras, huesos, caracoles, aletas, vértebras, pólipos marinos, actinias, etc. Macedonio no hace sino reunirlos con amorosa delectación, y como a un conjuro mágico, se incorporan entre sí, se integran los unos con los otros, se prestan unos a otros sus planos, sus volúmenes, sus círculos y sus ángulos, y en su muda pureza de seres que no son otra cosa que SU FORMA, obran la maravilla de darle al artista la razón y la confirmación de su sentir, de su concepción cósmica, de su comprensión humana. Aunque obra opusculos del azar, el secreto engarce que refunde estas formas y las hace representar



Frente a esta figura se diría estar delante de una mujer arando ante la imagen alada de un dios tutelar.



Esta imagen hace evocar, sin mucha fuerza, una de esas frágiles embarcaciones que se pululan por los tormentosos ríos de la China, o también esos barquitos de doble velamen de las viejas estampas marinas.

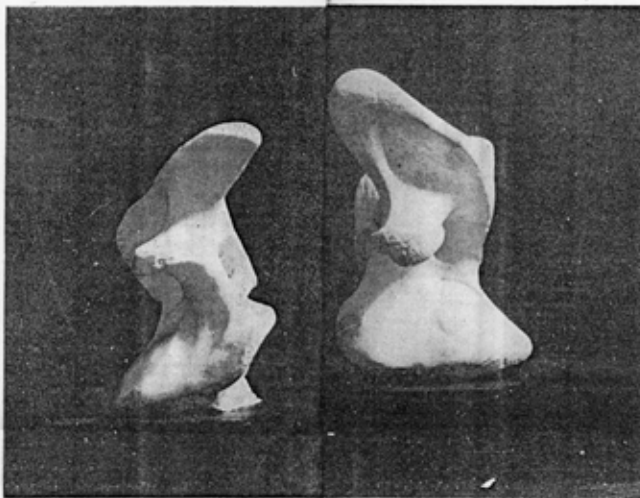


Una bailarina en plena danza, es esta otra pieza exhibida por el artista trujillano Macedonio de la Torre, arrancada de la estructura ósea de un ave cualquiera.



Psiquis y Cupido, por Cánovas, nos sugiere sin forzar mucho la imaginación este hueso de ave, sabiamente dispuesto.

Estas dos imágenes que se ven a qui no son esculturas de Henry Moore, Gran Premio de Escultura en la II Bienal de Sao-Paulo. No. Es sencillamente un par de huesos de pájaros, en los cuales el artista ha hallado una nueva belleza plástica.



¿Acaso no estamos ahora frente a la maqueta de un monumento de novísima concepción abstracta? La imaginación del artista así lo hace entrever.

casas y figuras exquisitas, capaces de fecundar la imaginación menos sensible, de sacudir el más pesado marasmo mental, no es precisamente la obra de la casualidad, ninguna suerte de destreza ingeniosa, propia de todo artista ejercitado. En este característico trabajo de Macedonio no hay en modo alguno fácil habilidad, juguete pueril con datos hechos, ingeniosas combinaciones de volúmenes, especulación trillada y vacua. Lo que junto esas formas y les da contenido es un gran sentimiento amoroso, un fervoroso amor de la creación. Las formas puras que la naturaleza hace brotar, aparentemente sin ton ni son, y que luego desecha, están allí esperando el alma del hombre para servir a la expresión de sus sentimientos; anhelos, pasiones, rebeldías, misticismo, poesía, amor. ¡Tal la euforia mística que ha embargado el alma del artista y le ha movido a expresar por medio de esas humildes excrecencias de la naturaleza, que nadie ve ni hace caso por que aluden siempre a aquella que fué

antes sustentado por ella, los propios y eternos sentimientos del hombre, aquellos que consolidan su edificio espiritual: el ritmo grávido, el movimiento grácil, la danza, la grandeza, la ascensión mística, lo maternal, el recogimiento y el amparo cósmico. En aquello que ya había cumplido su misión biológica, o que no representa sino un dato vacío, Macedonio ve el mundo interior más profundo del hombre y de los hombres; Macedonio reconstruye ese universo plástico, de formas sensibles, ávidas, estremecidas cálidamente por la expresión de una aspiración erótica, mística, cósmica o social. Así ha escapado Macedonio, esta vez, quizá con más éxito que nunca, a los peligros de su rápida concepción y de su siempre postergada madurez, encontrando en su resistencia a todo intento especulativo, el medio de devolver, o mejor dicho, de insuflar en esas formas puras y abstractas, el aliento vital propio de la esfera sensible y de las representaciones universales del espíritu.

A L E J A N D R O R A R I S C O